

## Jugando en la Calle

---



... Pues eso. Volviendo a lo de mi calle que tanto tira de esta memoria mía, la primera imagen que tengo de ella, es la su empedrado mal conservado lleno de baches en ese momento encharcados cuando jugábamos en pandilla.

Caía la tarde ya casi oscurecido y un grupo de niños caña en mano intentábamos cazar “aviones” a palo ciego (“vencejos”, aquellas aves parecidas a golondrinas, con mayor envergadura

de alas, que porque nunca se posaban solo veíamos volando). Debía ser ya final de la Primavera cuando estos pájaros vuelven de su migración africana y tronando tormenta persiguen a gran velocidad en vuelo rasante, moscas, polillas y toda suerte de insectos que solo ellos pueden ver por entre el encajonamiento de las paredes que forman las casas de la calle: Nosotros, yo y mis amigos (con solo parte de mis hermanos y otros tantos de los de El Muerto que vivían en frente ya éramos bastantes), con largas cañas al ristre nos poníamos en barrera para, a su fugaz paso, lanzar cañazos al azar de que alguno hiciera impacto y derribara a los aviones que eran los pájaros como si de una guerra entre bombarderos y antiaéreos se tratara. Tal era nuestra manera de jugar entonces, en la calle. Lo que el cine, ya desde pequeñitos nos enseñaba: jugar a matar haciendo la guerra.

Con la misma caña y una boina o un trapo negro cazábamos (aunque nunca cogimos ninguno) murciélagos que anidaban en el mismo corralón donde “Jerónimo El Muerto”

almacenaba el “ramón” con que encendía el horno para cocer nuestro pan y molletes cada día. Pretendíamos inocentemente que la negrura del trapo los confundiera creyéndolo buen lugar donde esconderse y poder así cogerlos nosotros: De ilusión y mentira también se vive, otra enseñanza que en los años cincuenta con todavía hambre hacia falta para que la gente obedeciera.

Tomen nota de esto: Con un sentido no muy de respeto para con la Naturaleza, si la tormenta estallaba y el ambiente caldeaba buscábamos sapos para "darles tableta" (que un sapo no se si por lo del cuento del príncipe que nos contaban, cuando nos contaban cuentos de príncipes, tenía mas mala fama que las ranas) jugando: Una piedra en el suelo y sobre ella una tablilla en equilibrio que descompasaba el peso del sapo puesto en un lado... luego con un golpe seco del pié sobre el otro extremo la tabla balanceaba y el sapo, como una exhalación, salía disparado hacia el cielo con nosotros afinando la vista para ver quien conseguía mandarlo mas alto midiendo por hasta donde alcanzaba la altura de la fachada.... El mas fuerte y listo y de "mas vista"

ganaba. Quien nunca ganaba era el sapo por muy alto que saltara: gordo, torpe, feo y con mala fama "matarile, que no es rana". ¡Dios mío, que enseñanzas!

¿Eramos por eso mas malos que los de ahora los niños de entonces?. Yo creo que éramos distintos y también mas inocentes a pesar de lo que aprendimos con lo de cazar aviones y murciélagos y dar tableta a los sapos, que no pasaban de ser juegos de niños, ...como cuando los mayores juegan a la guerra.

Y es que para compensar esas batallas donde solo estábamos los niños, de cuando en cuando, también jugábamos en la calle (no había coches como ahora y pasaba solo algún que otro carro tirado por mulos que veíamos venir, mucho antes) al "Corro de la patata" niños y niñas juntos cantando canciones de letrillas preciosas que aprendíamos de memoria de quienes siendo chicos antes de nacer nosotros ya las estuvieron cantando antes y antes de antes...

*"Antonio, divino Antonio,  
ramito de mi pañuelo,  
quién te pudiera poner*

*de capullito en el pelo,  
de capullito en el pelo.”*

... Me ponía rojo como el tomate porque cuando la cantaban había una niña que me miraba todo el rato.